

I was eventually won over by the tripartite distinction, and came to regard it as one of the book's main achievements. Let me briefly explain why. The book may be understood as a treatise on Bayesianism – certainly more space is devoted to this view than any other. However, the book is unusual in coming out on balance *against* the Bayesian programme, at least its universalistic aspirations; and the introduction of epistemic probability is an excellent way to convey what Mellor thinks is questionable about it. Bayesians can not account fully for *any* kind of probability in their own terms. They cannot account for propensities at all, nor even countenance their existence, which makes it extremely hard to countenance chances. But without chances they cannot account for credences either because of the well known failings of conditionalisation to provide the required justification for our beliefs. What is perhaps less well known is that independently of these failures, Bayesians cannot account for confirmatory relations – unless they are prepared to let in chances as well. The objection comes to the fore in the excellent final chapter but it really runs through the whole of the second part of the book. Such a major objection to Bayesianism is certainly something I had not realised in full force before I read Mellor's book, and it can only be appreciated under a tripartite distinction between chances, credences, and epistemic probabilities.

Mauricio Suárez  
 Universidad Complutense de Madrid  
 msuarez@filos.ucm.es

ANDRÉS MOYA. 2010. *Pensar desde la Ciencia*. Madrid: Mínima Trotta.

Estamos ante una obra decididamente singular en el sentido más positivo de la expresión. Su enorme interés estriba en que un conocido protagonista de la Biología de la Evolución en el mundo de hoy literalmente se confiesa públicamente al nivel más sincero glosando sobre filosofía, teología, estética, ética, desde la plataforma que ofrece la ciencia y muy concretamente la ciencia biológica. Ardua labor. Sin embargo, todo el escrito está sumamente alejado de lo que conocemos peyorativamente como cientificismo. Moya siente, como es de ley en la actualidad, que es absurdo pensar circunvalando a la ciencia. La ciencia está en la base de lo que estimamos como mundo real pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que ésa sea una base firme en el sentido de que nuestros problemas existenciales queden listos para sentencia. Es más, para Moya el auténtico hombre de ciencia es un ser melancólico, desasosegado, sumido en la soledad ¿Y de dónde deriva esa autenticidad? De la creación. El auténtico hombre de ciencia crea del mismo modo que alguien como van Gogh crea desde el arte. Y la creación es melancolía y casi desesperanza en un mundo donde no se ve el final del túnel. Todo lo que no es creación científica sería burocracia epistémica y por tanto algo obviamente necesario para la administración del conocimiento pero denostable en cuanto a la calidad de ese conocimiento se refiere.

Desde un principio Moya deja claro que va a ir a la trastienda de su mente porque lo que se cuece desde la explicitéza de la tienda sería como la punta de un iceberg

enorme y lo que no se ve es lo que más interesa porque es a la postre lo que nos mueve y da sentido a nuestro hacer, si sentido hay. Moya subraya que la trastienda de todos nosotros es una *tierra de nadie* de modo que ningún experto en lo que sea puede acusar de intrusismo a nadie que se aventure en ese lugar recóndito.

Moya utiliza como pista de despegue un diario personalísimo que ha escrito desde el verano del 92 al verano del 2007, son pues 15 años de reflexiones en plena madurez biológica sobre lo implícito en su mente y que ahora salen a la luz bajo su cuenta y riesgo pero para instrucción y también deleite de sus coetáneos que somos todos nosotros.

Una primera parte de la obra que se subsume en el capítulo I y que ocupa 2/3 partes del todo se centra en la relación entre ciencia y pensamiento. Con la compañía inicial de Javier Sádaba, Moya se adentra en la cuestión del *sentido de la vida*, sobre “la angustia de no saber que hacemos aquí”. Nuestro arma epistémica principal al respecto sería la inteligencia que, claro está, desde la metafísica actual que domina especialmente en Occidente tiene su origen en el proceso evolutivo. Pero la gran reflexión es que origen no implica adaptación, la inteligencia puede muy bien ser un efecto colateral de adaptaciones genéricas (vienen a la mente las pechinas de Gould/Lewontin en la Catedral de San Marcos) porque, piensa Moya con enorme envidia biológica, que en principio “no estamos hechos para pensar”. Pensar cuesta y ponerse de acuerdo más. Damos palos de ciego, aunque sean pensados, reconocemos nuestra identidad pero poco más. Moya transcribe la tensión esencial kuhniana entre innovación y tradición en divergencia y convergencia epistémicas siendo la divergencia lo que más centra nuestra humanidad pero es simultáneamente lo que más nos pierde existencialmente. Pero, sobre todo, ante la cuestión crucial del sentido o bien, mayoritariamente, huimos, o bien minoritariamente reflexionamos al respecto entrando de lleno en el desasosiego vital aparejado, con su angustia y soledad anexas, o bien, casi masivamente, nos consolamos con la religión o, sobre todo, con actividades similares (humanismo sustitutorio) para estar más a tono con los tiempos.

Moya hace causa común desde la reflexión con Wittgenstein, Pessoa, Cioran, Proust, Goethe y, sobre todo, Unamuno en su sentido trágico de la existencia. Darwin aparece en la página 47 seguido de cerca por Konrad Lorenz y Kant (“los *a priori* kantianos son *a posteriori* biológicos”). La obra que publica el ensayista húngaro László F. Földényi en alemán en 1988, *Melancolía*, es la pauta más actual que Moya adopta. Pronto hace su aparición Richard Dawkins con su contenedor de genes pero contenedor que para Moya piensa. Entra Hans Jonas con un monismo científico que no excluye la espiritualidad (algo independiente de lo teológico). Otros actores como Whitehead, Kripke, Quine, Austin, Searle o Dewey completan la panorámica de Moya en la que nadie ni nada queda excluido. En esta toma de conciencia no caben los partidismos. Incluso el extremista Daniel Dennett tiene su sitio lo que no excluye asimismo el pensamiento ético tradicional actualizado por una reflexión muy a propósito de Víctor Gómez Pin. El capítulo se cierra con referencias directas a Walter Benjamin y Sartre y *La Regla del Juego* de José Luis Pardo y especialmente señalando la urgencia de una actualización necesaria del pensar de Nietzsche haciendo énfasis en la ciencia como metalenguaje principal de toda actividad humana, pero metalenguaje desde el que, que

quede claro, no se resuelve en absoluto la disyuntiva humana en lo que se insiste es el sentido de la existencia. Caben críticas y matizaciones pero no disensiones profundas.

El capítulo siguiente, 10 páginas y pico, sobre Ciencia y Academia se dedica a la Universidad ideal en la mente de Moya, y se prima, como no, la Universidad alemana concretamente en la trayectoria del discípulo amado de Heidegger, Hans Georg Gadamer, a través de su estancia en las universidades de Marburgo, Friburgo, Leipzig, Fráncfort o Heidelberg. La pobreza creativa de la universidad española sale a colación y se explica a partir de la pobre base educacional existente y que en el mejor de los casos deriva en la tecnociencia y la exigencia cicatera de resultados por parte de la administración: ridículamente, hasta lo epistémico tendría que ser rentable a corto plazo.

El capítulo 3 (Ciencia y Sociedad) de escasamente 10 páginas glosa sobre la imposibilidad de ser feliz en un mundo donde la infelicidad abunda y se proclama como bálsamo para la soledad existencial que se genera en consecuencia ese afán creador como amortiguador maestro de nuestra desazón vital. Se compara igualmente de un modo un tanto oportuno, aunque sea de pasada, nuestra cultura con la cultura francesa en un sentido constructivo y no descalificador a ultranza (siempre hay que buscar razones en un sentido crítico para todo, aunque sea en vano, porque la gratuidad, siempre dogmática, es a menudo lo que nos condena a la miseria intelectual). Y por fin al mismo tiempo que se ensalza la cultura anglosajona, análogamente con afán constructivo, se propone en su contexto la figura de Noam Chomsky como ejemplo de científico con preocupaciones políticas universales. Creo que Moya no puede dar más en la diana.

El capítulo que cierra esta meditación sin parangón, son aforismos y reflexiones varias donde una profundidad ontoepistémica aterradora hace su aparición porque no podemos concluir nada (y es donde Eugenio Trías tiene su lugar a la vera de Goethe).

Se constata que todo el escrito de Moya tiene dos puntos de referencia principales: la creatividad y la soledad del investigador de fondo. Pero para ser francos la creatividad es algo tan tácito en su expresión que su esencia se nos escapa. Por ejemplo, Charles Darwin pasa por ser uno de los científicos más creativos de la historia de la ciencia, pero su creatividad se reconoce muchos años después, lo mismo se puede decir del padre de la genética Gregor Johann Mendel así como del auténtico autor del replicador como unidad de selección, ese otro gran pensador de la biología que fuera George Price de cuyos pechos mamaron otras dos cumbres de la biología de la evolución, William Donald Hamilton y John Maynard Smith, casi sus únicos valedores en el momento de su muerte. La creatividad no brilla por su presencia de por sí. Es más, como bien se sabe se puede remitir a cierta idiosincrasia psicofisiológica como en El Greco o en el mismo van Gogh. Todo el que se empeña piensa que es creativo hasta cierto punto pero es el contexto histórico-social que se tercia el que lo juzga como creativo o no, así en un sentido lato.

En cuanto a la soledad profunda fruto del “dolor del tiempo” como es la melancolía también el momento y el lugar inciden como medio que interacciona con la propensión biológica del actor de que se trate. En su examen de conciencia pormenorizado Moya identifica la fuente de su malestar metafísico con precisión científica y su remedio parcial en el ejercicio de una creatividad inefable siempre. Pero al fin y a la

postre se queda como todos nosotros desnudo ante su propio espejo, aunque sienta esa desnudez con autenticidad heideggeriana: ¿patología maniaco-depresiva, actuación que se ajusta a derecho biológico? A saber.

En resumen, en este escrito la sinceridad, enjundia y bonhomía intelectual de Moya pensando desde la ciencia creo que marcan un hito sin paliativos en la historia de nuestra cultura más actual.

Carlos Castrodeza  
Universidad Complutense de Madrid  
castrode@filos.ucm.es

MARIA M. PORTUONDO. 2009. *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*. Chicago: The University of Chicago Press.

Desde hace aproximadamente una década en Estados Unidos y como extensión de los estudios del mundo Atlántico, la actividad científica desarrollada en la Península Ibérica durante la Edad Moderna y ligada especialmente a la cosmografía, la cartografía, la navegación y los viajes de ultramar como consecuencia del descubrimiento europeo de nuevos territorios geográficos, ha despertado el interés de algunos académicos, casi siempre procedentes del mundo anglosajón. Esta nueva línea de textos en inglés sobre el caso ibérico continúa, con nuevos estilos narrativos, un campo abierto en España por José Antonio Maravall sobre las conexiones entre la corona española y el desarrollo de los distintos campos de la ciencia y que siguieron, entre otros, José María López Piñero para la historia de la ciencia en España en los siglos XVI y XVII, Raquel Álvarez sobre la historia de la ciencia en el Nuevo Mundo y David Goodman en el caso de la historia de las prácticas científicas sufragadas por Felipe II. Entre ellos destacan autores de reconocida trayectoria, pero también investigadores relativamente jóvenes en historia de la ciencia. De una u otra forma, todos ellos han puesto la atención sobre la actividad cosmográfica española generada en la Casa de la Contratación de Sevilla o en la corte tras la institucionalización de la ciencia y al amparo de las exploraciones colombinas y los grandes viajes transoceánicos. Se han puesto de manifiesto los esfuerzos desplegados por la corona en el control y organización de todos los aspectos relacionados con las nuevas posesiones, desde la historia natural hasta el oro extraído de las minas del Potosí. En cada uno de los casos de estudio se ha demostrado que detrás de las disputas, controversias y escaramuzas diplomáticas entre oficiales, cosmógrafos y pilotos, la actividad científica se encontraba excesivamente burocratizada como resultado de la centralización del Estado, tanto en el reinado de Carlos V como en el de su hijo Felipe II. Desde que los Reyes Católicos fundaran la Casa de la Contratación en 1503, la cosmografía fue un saber para el imperio, de manera que los esfuerzos de sus practicantes se encaminaron a lo largo del siglo XVI a demostrar la utilidad del conocimiento cosmográfico, unas veces en defensa de la observación y la experimentación, otras a favor del conocimiento teórico.

Entre todos estos trabajos destacan, a mi juicio, tres que, además de complementarse, ofrecen un panorama innovador acerca de lo que hasta entonces sabíamos de la